



Laudate

Boletín de Nuestra Señora de la Cristiandad – España

N.32 - MAYO 2024

La vida como combate espiritual, la acedia y la santa ira. Una arenga

Tomás Miguet Civera, pbro.

Santa Elena y la inventio crucis

Jorge-Manuel Rodríguez Almenar,
Universidad de Valencia,
Presidente del Centro Español de Sindonología

II Encuentro de Jóvenes NSC-E

Johanna Pérez Garcarena
Capítulo San Francisco de Javier

Notas de actualidad

IV Peregrinación a Covadonga

Encuentro del coro



Queridos fieles de NSC-E:

«De nuevo aquí nos tienes, purísima Doncella más que la luna bella, postrados a tus pies». Esta estrofa del canto de las flores a María Santísima, tan tradicional en España durante el mes de mayo en el que nos encontramos, nos hace volver nuestra mirada y dirigir nuestra alma a la Reina de los ángeles que nos espera a todos pronto en Covadonga.

¡Muchos preparativos van avanzando! Recientemente se ha publicado un video promocional, recordando que hoy 15 de mayo comienza el plazo de inscripción de peregrinos. También, el pasado fin de semana ha tenido lugar un encuentro en el que se han reunido los organizadores y jefes de capítulo para ultimar muchos detalles y compartir tiempos de oración y reflexión.

¡Se acercan días grandes! Pidamos al Señor que todo en la peregrinación se ordene ad maiorem Dei gloriam y de esta manera continuemos recibiendo numerosos frutos espirituales con la intercesión de la Santísima Virgen.

¡Viva la Santina!

Iñigo Serrano Sagaseta de Ilúrdoz
Capellán General de NSC-E

La vida como combate espiritual, la acedia y la santa ira. Una arenga

Tomás Minguet Civera, pbro.

La idea de «combate espiritual» se ha hecho extraña para gran parte de los creyentes actuales. Sin embargo, es el lenguaje de la Sagrada Escritura y de los santos. «¿No es acaso milicia la vida del hombre sobre la tierra, y sus días, como los de un jornalero?», reza el libro de Job (7, 1). ¿No está escrito que «Dios es un guerrero» (Éx 15, 3) y que, además, «nos adiestra para la batalla» (Sal 18, 35)? ¿No pertenecemos, mientras caminamos en esta vida, a la Iglesia militante? ¿No hay enemigos reales de Dios y de nuestra salvación? Recordemos también estas palabras de san Pablo: «Poneos las armas de Dios, para poder afrontar las asechanzas del diablo, porque nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire. Por eso, tomad las armas de Dios para poder resistir en el día malo y manteneros firmes después de haber superado todas las pruebas» (Ef 6, 11-13).

¿Qué nos ha pasado? ¿Es que ha cambiado el panorama y ahora, en estos momentos de la historia, por alguna misteriosa razón, la vida ya no es combate? ¿O es que estaban equivocados los antiguos (y la Sagrada Escritura y la pléyade de los santos)? ¿O lo estamos nosotros? ¿O es que eso de «combate espiritual» es una forma de hablar arcaica, o simbólica, y sería mejor decir las cosas de otro modo?

Decididamente, el problema está aquí y en nosotros. No estamos viendo las cosas como son, pues la vida espiritual realmente conlleva un combate serio y esforzado. ¿Qué está pasando?

Sin obviar, entre otras causas, que existen unos silencios sintomáticos en la predicación habitual que se hace en las iglesias (hay temas importantes de nuestra fe que apenas se recuerdan y que prácticamente ni se sabe que existen) y que el modernismo ha hecho estragos en la visión católica de la vida, hemos de ir a la raíz preternatural y decir que en nues-



*“La expulsión de los mercaderes”
(El Greco, Londres h. 1600)*

tra época se ha generalizado un mal oscuro (y que es tanto más oscuro cuanto más inadvertido opera). Un mal que siempre ha existido, pero que ahora pareciera que es uno de los principales rasgos característicos del mundo actual.

Nos referimos a la acedia espiritual, que es el nombre clásico del mal entendido pecado capital de la pereza. Esta acedia, cuando impera sobre un alma, hace vivir la vida espiritual y la llamada a la santidad como una carga cansina, un trabajo que no merece la pena acometer, un «no me pidas tanto que me conformo con lo mínimo». Ella es esa tristeza del pusilánime que, como dice Pieper, «no tiene ni el ánimo ni la voluntad de ser tan grande como realmente es» (*Las virtudes fundamentales*). Por la acedia, pues, tendemos a hacer un planteamiento chato y mezquino de la vida, una forma de ver las cosas que achica la esperanza y ahoga todo ímpetu de lucha, entreteniéndola nuestra mente y fuerzas en contar monedas y satisfacer el vientre.



Esta claudicación fáctica se esconde a nuestra conciencia con la asunción de falsas ideologías, negando la existencia de enemigos, asintiendo cómoda y cómplicemente al discurso mayoritario, con esas excusas de mal pagador con las que uno se autoengaña («así está bien y no hace falta más», «no hay por qué exagerar»). Pero no podemos cambiar la verdad, y cuando se vive en la acedia, los frutos que engendramos son —en atinada enumeración de los clásicos— la desesperación, la *evagatio mentis* (esa necesidad de cambiar constantemente de actividad o pensamiento), el sopor espiritual, la pusilanimidad, el rencor y, finalmente, la malicia. Es por esto que la pereza es pecado capital, porque es cabeza de muchos otros. Entre ellos, no luchar por lo que hay que luchar.

Al final de este proceso, aunque se digan muchas cosas, uno termina aceptando el mal sin haber combatido, desesperado de alcanzar el bien. Extraña paradoja por la que, a la vez que se profesa un falso optimismo buenista, se extienden la tristeza y el desánimo, la desesperanza. Es triste no tener nada por lo que luchar ni por lo que morir. ¿No habrá una relación entre alegría y combate? ¿No será que no se lucha porque no hay nada que de verdad se ame?

Pero siempre, mientras hay vida, podemos despertar, como cuando aquel marchito Théoden, por las palabras de Gandalf, empuñó la espada y, al hacerlo, «les pareció a todos que el débil brazo del anciano recobraba la fuerza y la firmeza» (Tolkien, *El Señor de los anillos*, II, 3.º, 6). Es necesario despertar y retomar este planteamiento «guerrero» de la fe, dando autoridad a toda la tradición espiritual que nos precede. No porque sí, sino por la verdad de las cosas, porque hay un bien arduo que alcanzar y defender, y hay un mal impetuoso que rechazar. Empezando por uno mismo.

Efectivamente, existe el mal. Existen demonio, mundo y carne. Existe el pecado. Desechemos, pues, la imagen burguesa, irenista y mundana de la vida (y de la fe): una falsa cosmovisión, de corte materialista y hedonista, por la que entendemos que ya hemos llegado a puerto y que se trata, sobre todo, de «estar lo mejor posible». ¡Cuántos discursos «cristianos» se reducen, a fin de cuentas, a esto, a buscar el bienestar!

Pero Cristo no habló ni actuó así. Él nos ha precedido y enseñado que hay un «buen combate» que librar (1 Tim 6, 12), Él que se enfrentó a Satanás en el desierto, que proclamó sin miedo y a contracor-

riente su Palabra, que empuñó el látigo en el templo, que dio su vida en oblación sin huir de la batalla. Y no sólo en estos episodios. ¿No hay un cierto *pathos* bélico en toda la vida de Cristo? Diríase que todo, o casi todo, lo que hizo y dijo el Señor lo llevó a cabo en un ambiente u hostil o poco receptivo, acosado por muchos enemigos. Constantemente a prueba, «sin reclinar la cabeza» (Mt 8,20). Y en cada tesitura, ¿no lo vemos siempre en su lugar, en guardia, sin rehusar ningún embate, custodiando la verdad, refutando la mentira: de servicio? «Tu guardián no duerme, no duerme ni reposa el guardián de Israel» (Sal 120, 3).

Demos un paso más. En esta tarea de retomar el combate (espiritual y, por eso, concreto) de la vida, hemos de redescubrir algo que hay dentro de nosotros. Una dotación creatural que se ha ido escondiendo a nuestra conciencia y que, por ende, hemos dejado de cultivar. Es lo que los clásicos llamaban el irascible. Esas fuerzas pasionales, hermanas del concupiscible, que Dios nos ha dado para que, bajo la guía de la prudencia, atemperadas por la templanza y empuñadas por la fortaleza, nos ayuden en la consecución de la justicia. Sí, el irascible, cuya vivencia recta se ha llamado propiamente santa ira, y que alguien se ha encargado de adormecer por un lado y desbocar por otro.

En esta vida, pues, para alcanzar el bien auténtico y para luchar contra el mal real (dentro y fuera de nosotros), hemos de combatir. Y combatir bien, según verdad. Como decía el fragmento de san Pablo antes citado, se trata de un combate especial en el que se empuñan «armas de Dios». Es la batalla, hasta la sangre, del mártir Vicente que se niega a apostatar, o de la pequeña María Goretti que prefiere morir a pecar de impureza; es el combate de cada acto de virtud, escondido o manifiesto, o del testimonio a contracorriente por proclamar la verdad, o de cortarse esa mano que es ocasión de pecado. Es el combate que hace que la vida merezca la pena ser vivida y que nos encamina hacia el Cielo.

En pie, pues. Sacudamos la acedia y dispongámonos para la buena batalla. Imitemos, así, al Señor, que, en decir de Isaías, cada mañana «sale como un héroe, excita su ardor como un guerrero, lanza el alarido, mostrándose valiente frente al enemigo» (42, 13).

Santa Elena y la *inventio crucis*

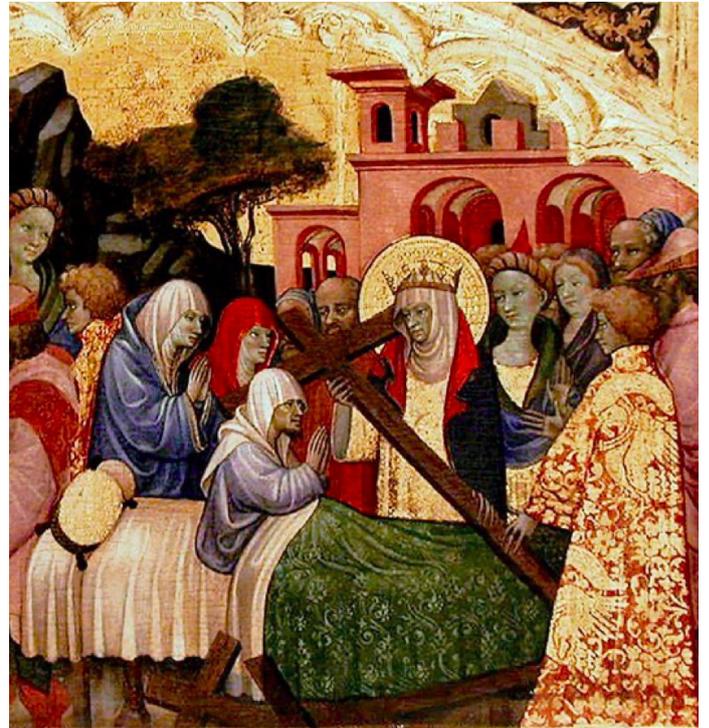
Jorge-Manuel Rodríguez Almenar, Universidad de Valencia
Presidente del Centro Español de Sindonología

El relato del hallazgo de la Cruz está vinculado cronológicamente al redescubrimiento del Santo Sepulcro, que se produjo en el siglo IV, poco después del primer concilio de Nicea. Este hallazgo de la Cruz (*inventio* significa en latín «hallazgo») es un hecho histórico, pero desafortunadamente, los cristianos tenemos muy poca información de lo que realmente ocurrió porque, en la Edad Media, un monje llamado Santiago de la Vorágine recopiló en su *Leyenda Aurea* todos los relatos que pudo encontrar sobre temas religiosos sin el menor espíritu crítico, con lo que el resultado fue una mezcla de datos históricos contrastables y narraciones sin ninguna base objetiva. De hecho, la palabra «vorágine», entendida como un galimatías y una unión de cosas heterogéneas, procede precisamente del apellido de este autor.

Hubiera sido verdaderamente milagroso que su obra se hubiera ajustado a los criterios de la historiografía actual, pero, evidentemente, no podemos tomar aquellos relatos como verdades científicas. Así que, para reconstruir los hechos que realmente ocurrieron, hay que poner un poco de orden y *podar* las adherencias añadidas.

Sabemos por la arqueología y la historia que la crucifixión de Cristo (cuya fecha más probable es el 3 de abril del año 33) se realizó en un lugar de las afueras de Jerusalén próximo a una de las puertas de la muralla y, de acuerdo con una costumbre local, los crucificados estarían de espaldas al edificio del Templo, mirando hacia Occidente. El evangelio de san Juan concreta que «en el lugar donde crucificaron a Jesús había un huerto y en el huerto, un sepulcro nuevo en el que todavía no se había sepultado a nadie» (Jn 19, 41), que pertenecía a José de Arimatea y que fue cedido para sepultura de Cristo.

Tanto el Gólgota como el sepulcro de José de Arimatea estaban en un recodo de la parte externa de la segunda muralla, en una zona que había sido usada como cantera durante años, pero que, en el tiem-



Retablo de la Santa Cruz. Detalle.
Museo de Bellas Artes de Valencia. Siglo XIV.

po de la muerte de Cristo, estaba ya prácticamente en desuso. Esto explica que sólo diez años después, en el año 44 d. C., Herodes Agripa regularizara el perímetro de la ciudad y construyera una tercera muralla que incorporaba definitivamente toda esta zona al recinto urbano, y que fuera necesario regularizar la altura del suelo (horadado por la extracción de bloques de piedra), con escombros y tierra traídos desde fuera. Esta circunstancia terminó siendo un hecho providencial, porque, de esta manera, el sepulcro de Cristo no fue destruido, sino enterrado.

Pocos años después, en el año 70, Jerusalén sufrió una destrucción masiva cuando el general Tito —después convertido en emperador—, cumpliendo la profecía de Jesús, no dejó «piedra sobre piedra» tanto del Templo como de la mayor parte de la urbe. Posteriormente, coincidiendo con la última guerra

entre judíos y romanos (132-136 d.C.), el emperador Elio Adriano edificó sobre las ruinas de Jerusalén una ciudad nueva (Elia Capitolina) con un trazado de estilo romano, totalmente nuevo y dedicada a él mismo, solo que ahora, en el siglo II, el lugar de la crucifixión y del sepulcro habían pasado a ocupar una zona bastante céntrica de la nueva población y sobre ellos se construyeron edificaciones paganas importantes.

Tenemos dos testimonios muy próximos a los hechos, que atribuyen esa construcción a una voluntad de *paganizar* los lugares sagrados. Afirma Eusebio de Cesárea (el primer historiador de la Iglesia Católica): «Hombres descreídos y profanos concibieron la idea de hacer desaparecer de entre los hombres aquel antro redentor (el santo sepulcro). Y tomándose un gran esfuerzo, cubren todo el lugar con tierra traída de fuera. Después, elevado el nivel del suelo y tras pavimentarlo con losas de piedra, esconden, bajo tan ingente túmulo, la gruta divina. Luego [...] construyen un oscuro compartimento al disoluto espíritu de Afrodita [Venus], donde ofrecían execrables oblacones sobre profanos altares» (Eusebio de Cesarea: *Vida de Constantino*. Libro 3.º. Cap. XXVI).

La misma idea recoge san Jerónimo, también en el siglo IV: «Desde la época de Adriano hasta el reino de Constantino, por espacio de unos 180 años, en el lugar de la resurrección se daba culto a una imagen de Júpiter, y en la roca de la cruz a una estatua en mármol de Venus. Se imaginaban los autores de la persecución que nos quitarían la fe en la Resurrección y en la Cruz si contaminaban los lugares sagrados con sus ídolos».

Como he manifestado, mi idea es que el relleno con escombros se hizo en un momento anterior, cuando se incorporó la zona de la cantera a la ciudad, pero en ambos testimonios, lo que se constata como histórico es que, al levantar la zona pavimentada, hubo que eliminar tierra y escombros que estaban por debajo y que, a la larga, habían servido para proteger los lugares sagrados.

Más allá de lo que pueda ser discutible, es verdaderamente significativo que se construyeran lugares de culto romano justo donde la Iglesia cristiana conmemoraba la muerte y resurrección de Cristo. Desde que el mundo es mundo, cada civilización que ha sustituido a otra ha intentado construir los lugares del nuevo culto en el mismo sitio que albergaba el

culto precedente. Eso es una constante. Sin embargo, en Jerusalén, el único lugar realmente de culto era el Templo, por lo que los arqueólogos piensan que los romanos quisieron marcar los lugares cristianos, porque ya debería existir allí algún tipo de culto cristiano (que los romanos no distinguían del culto judío). Y esto nos da una cierta base para pensar que los cristianos habían mantenido la memoria del lugar donde Cristo murió y fue enterrado.

El siguiente punto de nuestro relato requiere que volvamos al mencionado primer concilio de Nicea, que tuvo lugar entre el 20 de mayo y el 19 de junio del año 325 d. C. Pero se hace necesario, primero, contextualizar ese hecho: Constantino dictó el *Edicto de tolerancia* a favor del cristianismo a partir de la batalla del puente Milvio, con lo que puso fin a las persecuciones contra los cristianos. Sin embargo, este decreto no supuso la conversión del emperador, ya que sabemos que continuó con su vida poco ejemplar y no se bautizó sino en su lecho de muerte, esquivando, así, la necesidad de confesar sus crímenes y pecados. No voy a valorar si eso fue moralmente aceptable o si fue un intento de engañar a Dios, pero lo cierto es que nos da pie para plantearnos si lo que buscaba Constantino al apoyar al cristianismo respondía a un móvil religioso o más bien a un móvil de carácter político.

Hay que tener en cuenta que el imperio romano fue asimilando todas las religiones de los pueblos que iba conquistando, con lo que su sistema religioso terminó siendo de una heterogeneidad extrema. Esto explica que, en un momento determinado, se tomara la decisión de convertir al emperador en un dios. Era una forma de establecer un punto de referencia común en todas las religiones del imperio y no era algo difícil de conseguir, ya que casi todas eran politeístas y no existía una gran dificultad para que en ellas se admitiera un nuevo dios. Únicamente se encontraron con la oposición frontal de los judíos y de los cristianos, porque ambos consideraban que Dios era el todopoderoso creador del universo, idea incompatible con el concepto de *dioses menores* que tenían las religiones politeístas.

Constantino tenía dos motivos muy claros para dejar de perseguir a los cristianos, uno de carácter personal, y otro de carácter político:

El motivo personal de Constantino es que su propia madre era una cristiana auténtica, y es lógico que intentara evitar que fuera víctima de la persecución. Eusebio de Cesárea afirma de ella que: «Se convirtió [...] en una sierva de Dios tan devota que uno podía creer que había sido discípula del Redentor de la humanidad desde su más tierna niñez» (*Vita Constantini*, III, 48). Existe un dato que corrobora la idea de que Constantino tenía debilidad por su madre, y es que le acuñó una moneda de oro con el lema «Elena augusta» (es decir, «Elena emperatriz»). Aunque esto podría ser discutible, como vamos a ver.

Al principio del siglo IV, Roma estaba gobernada por el sistema político de la tetrarquía, que suponía que cada parte del imperio (Oriente y Occidente) estaba gobernada por un emperador, quien tenía, a su vez, un César bajo su autoridad. Constantino acabó con este sistema al convertirse en emperador único, y fue entonces cuando otorgó a su madre el título de emperatriz, que su padre le había negado. El padre de Constantino —Constancio Cloro—, siendo militar, se había casado con Elena, una joven procedente de Treveris, que era moza de mesón: una simple trabajadora. Con el tiempo, Constancio se convirtió en César de Occidente y compartía el poder con el emperador de Maximiliano, pero, para consolidar su posición política, repudió a Elena y contrajo matrimonio con una hijastra del citado Augusto, al que sucedió. Esta injusticia debió dejar mella en Constantino, quien —cuando tuvo oportunidad— ennobleció a su madre otorgándole el título de emperatriz.

No obstante, por otra parte, desde el punto de vista político, tolerar el cristianismo era una jugada hábil, puesto que las otras religiones no tenían ningún inconveniente en compartir el panteón de los dioses con el Dios de los cristianos y con ello se avanzaba hacia la paz religiosa. Sin embargo, el problema que se encontró el emperador Constantino es que, en el 318, aparece el arrianismo, que era la doctrina del obispo Arrio, según el cual Jesús no podía ser equiparado a Dios Padre, sino que era simplemente un *dios menor*. Es fácil de entender que si lo que quería el emperador era acabar con un conflicto religioso, no era nada conveniente que se produjera un enfrentamiento entre cristianos. Eso explica que fuera el propio Constantino quien convocase el I Concilio de

Nicea, para exigir a los cristianos que se pusieran de acuerdo. Del concilio de Nicea se dicen actualmente verdaderas barbaridades inventadas (basta con leer lo que dice, por ejemplo, *El Código da Vinci*), pero a él le debemos la condena de la doctrina de Arrio con la definición incorporada al credo de que Jesucristo fue «engendrado, no creado, y consustancial al Padre».

Toda esta larguísima contextualización nos sirve para entender un hecho notable que se produjo también en el Concilio de Nicea del 325 d. C. En esa asamblea, el obispo de Jerusalén, un tal Macario, aprovechó el talante del emperador para solicitarle que, como gesto de buena voluntad, derribara las construcciones paganas que profanaban los santos lugares del Calvario y del Sepulcro. Constantino, extraordinariamente receptivo, respondió por carta a Macario aceptando la demolición, afirmando su voluntad de edificar una basílica digna de Cristo, que él financiaría, e instando al buen obispo a dirigir espiritualmente las obras.

Y es aquí donde vuelve a entrar en escena nuestra Elena, quien, «empoderada» como emperatriz-madre, hizo valer sus privilegios y consiguió estar presente durante las obras de demolición de los templos paganos.

La leyenda áurea atribuye a este viaje un carácter milagroso y afirma que, tras torturar a un judío, pudieron conocer el lugar donde había estado el sepulcro, y, una vez demolidos los edificios paganos, la propia Elena, en un arrebató místico, determinó dónde se encontrarían las reliquias de la cruz. La misma leyenda afirma que, en una cisterna seca de las inmediaciones, se encontraron tres cruces, y que se supo cuál era la cruz de Cristo porque un enfermo (otra versión dice una anciana moribunda) se curó inmediatamente al ser tocado con uno de los maderos. Esta leyenda se hizo tan popular que incluso aparece representada en el ábside de la iglesia de la *Santa Cruz en Jerusalén*, una de las basílicas menores de Roma, que guarda aún hoy en día parte de las reliquias encontradas en la ciudad santa y que se construyó en la casa de santa Elena.

La historiografía actual tiende a negar como falsos todos los acontecimientos que no tengan una comprobación documental, pero, afortunadamente,



del hallazgo de la cruz tenemos suficientes referencias históricas. El propio Eusebio de Cesaréa nos ha dejado un relato precioso, que satisface nuestra mentalidad actual, cuando afirma: «Aquel loco [Adriano] creía esconder al género humano el esplendor del sol que se levantaba sobre el mundo, y no advertía que queriendo relegar al olvido los santos lugares fijaba inexorablemente el sitio, y que en el día establecido por Dios para la liberación de su iglesia **las columnas del templo de Venus se convertirían en indicaciones infalibles** para el descubrimiento de los santuarios [...]. Entonces, contra toda esperanza, apareció [...] el venerable y santísimo testimonio de la resurrección salvífica» (*Vita Constantini*. Año 340 d. C.) Como es lógico, los cristianos no habían olvidado dónde se encontraban los lugares en los que se habían producido la redención y la resurrección, y, además, los propios romanos los habían marcado realizando sus construcciones paganas. No hizo falta torturar a nadie para saberlo...

Y, en cuanto a la identificación del madero concreto de Cristo, tampoco necesitamos recurrir al milagro, teniendo una fuente segura, en este caso del obispo san Ambrosio, quien nos dejó escrito en *De obitu Theodosii oratio* (año 395 d. C) que «Elena reconoció la Cruz de Cristo por el Título que apareció a su lado». Este dato no se suele mencionar, pero es realmente impactante, porque el *titulus crucis* (un documento jurídico que debía acompañar al crucificado) solo podría ser de Cristo, ya que tenía su nombre. El hallazgo del *título* es lo que da credibilidad a los *lingnum crucis* que se distribuyeron por todo el mundo cristiano.

Con relación a este hecho del hallazgo del madero de la Cruz, es curioso que el único historiador que no lo menciona es Eusebio, mientras sí que lo hacen todos los demás cronistas de la época (san Ambrosio, san Cirilo de Jerusalén, Rufino, Sócrates, Sulpicio Severo, Sozomeno, san Paulino de Nola, Teodoro y Nicéforo). Así que también podemos considerarlo un hecho histórico acreditado por múltiples fuentes documentales. Como ejemplo, podemos ci-

tar al obispo Cirilo de Jerusalén, que en el año 351, dirigiéndose al emperador Constancio escribe: «En tiempos de tu padre Constantino, fue hallado en Jerusalén el saludable leño de la Cruz», aunque esto ya lo había afirmado el año 347 en el número X de sus *Catequesis*.

Pero, entonces, ¿por qué no habla del hallazgo de la Cruz Eusebio? Se ha propuesto como explicación que el santo obispo intentaba, así, resaltar la mayor importancia de la resurrección sobre lo que la cruz representaba todavía en la mentalidad judía (recuérdese que el Deuteronomio dice: «Porque maldito es de Dios, el que pende de un madero» (Dt 21, 23)). Es una explicación plausible, porque encaja muy bien con el pensamiento que pone de manifiesto en la *Catequesis número XIII* el citado Cirilo: «Reconozco la Cruz porque reconozco la Resurrección. Si el crucificado hubiera permanecido en ese estado, no reconocería la Cruz [...]. Como a la Cruz siguió la Resurrección, no me avergüenzo de ello».

Para terminar, querría poner de manifiesto que el hallazgo de la Cruz tuvo dos consecuencias inmediatas que cambiarían el punto de vista cristiano para siempre. La primera es que la Cruz dejó de verse como una maldición infamante para convertirse en un símbolo de esperanza, y se colocó en la cabecera de los ábsides de todas las iglesias. Y la segunda consecuencia es que se desató el ansia universal por poseer un fragmento del leño redentor. El reiterado obispo Cirilo de Jerusalén dirá: «La Pasión es real. [...] Aunque yo lo negara, me lo reprocharía este gólgota cerca del que nos encontramos; me lo reprocharía el madero de la Cruz que, desde aquí, ha sido distribuido en fragmentos por todo el mundo».

No somos conscientes de la conmoción que supuso en toda la cristiandad el hallazgo de la Cruz. Debió ser como si el propio Cristo hubiera vuelto a resucitar para dejar constancia de la verdad de su resurrección. Pocos años antes, los cristianos estaban muriendo en las persecuciones y, de repente, su religión pasaba a ser la más digna del imperio con el apoyo imperial. Debió de ser algo realmente impactante.

II Encuentro de Jóvenes NSC-E

Johanna Pérez Garcarena
Capítulo San Francisco de Javier



75 jóvenes de toda España nos juntamos el fin de semana del 26-28 abril en Priego, Cuenca. Y ¿qué hicimos? Misa + charla + juego + taller + comida, y repetir. Fueron unos días para disfrutar juntos, conocer gente, rezar y formarnos.

El centro de los tres días fue la Santa Misa y la adoración al Santísimo por turnos durante toda la noche del sábado al domingo. Y para ello, la mejor preparación fueron las tres charlas de formación: metafísica, ofertorio de la Santa Misa y virtudes humanas.

1. METAFÍSICA BÁSICA

Siguiendo a san Agustín, la razón de bien en cuanto perfección consiste en tres aspectos: modo, especie y orden. Las cosas se definen por la forma: la forma presupone materia y causa eficiente, y de ella deriva algo: la causa final, el para qué.

1. ESPECIE: Quién soy, cuáles son mis exigencias.

2. MODO: Acomodar mi vida a mi especie, en relación con ese «qué soy». Mis palabras, mis compañías, *hobbies*, redes sociales, amistades, lugares que frecuento, etc.

3. ORDEN: El fin, hacia dónde están orientadas la especie y el modo. Este fin debe ser el Cielo, el reino de Cristo. En la medida en la que vivimos ordenadamente, obtendremos frutos. Primero, en el alma, por la excelencia y la nobleza de que Cristo habite en mi corazón. Y, después, en el entorno, que podremos iluminar.

Por eso, estas tres categorías pueden servir para explicar muchas realidades:



MODO	Cómo	Medida	Causa material Causa eficiente	Hágase tu voluntad Venga a nosotros tu reino	Director espiritual	PADRE
ESPECIE	Qué	Número	Causa formal	Santificado sea tu nombre	Padres	HIJO
ORDEN	Para qué	Peso	Causa final	Padre nuestro, que estás en el Cielo	Amigos	ESPÍRITU SANTO

En un ejemplo concreto, así son la especie, el modo y el orden de ser cristiano:

- Especie. Creer, guardar el depósito de la fe, aceptar por la fe lo que la Iglesia nos enseña. El Bautismo nos hace «ser hijos en el Hijo».

- Orden. El fin es ir al Cielo y salvar almas.

- Modo. Vincularse al pasado histórico, lo cual implica una lucha, un combate por el reino. Para ello, son necesarios argumentos para defender la fe, formación y compromiso político.

Así, si sabemos que nuestra vocación como cristianos es la de salvar almas, debemos preguntarnos cómo lo vivimos. Por eso, es clave encontrar ese modo, porque lo que define a un río es el agua, pero no puede existir sin cauce (cómo).

2. EL OFERTORIO

En la actualidad, podemos encontrar una mala interpretación de la participación de los fieles en la Santa Misa, a saber: anteponer el *hacer* al ser, es decir, pensar que obtenemos la salvación solo por nuestra forma de actuar; además, la sobreexcitación del sacerdocio común de los fieles; y, finalmente, la clericalización de los laicos y la laicización de los sacerdotes.

Sin embargo, nuestra participación no es lo necesario ni lo propio del culto público. Como laicos, podemos unirnos espiritualmente al sacrificio que se realiza en el altar. Eso sí, tendremos que huir de la tentación racionalista de querer saber todo lo que ocurre.

Por otra parte y, en especial, el ofertorio, es un momento idóneo para ofrecer todo al Señor y tener en cuenta los cuatro fines de la misa:

- 1. Latréutico:** dar a Dios la gloria y el culto que merece.

- 2. Eucarístico** o de acción de gracias, por la creación y por la redención.

- 3. Propiciatorio:** desagraviar a Dios por todos nuestros pecados.

- 4. Impetratorio:** pedir dones y gracias.

Así, en esta plática, recorrimos todas las oraciones del ofertorio según el rito tradicional. El sacerdote comienza besando el altar y transmitiendo esa paz del Señor al pueblo, con el *Dominus vobiscum*.

A continuación, primero realiza la oblación del pan, tomando la Hostia con la patena y ofreciéndola al Padre por el perdón de sus pecados, por los circunstantes y por los vivos y difuntos. Bendice las vinajeras y mezcla un poco de agua con el vino, siguiendo la tradición que se remonta hasta el concilio de Constantinopla, del siglo VI.

Tras la oblación del vino, se inclina, une sus manos y ofrece su espíritu y su corazón para unirlos a la víctima de la salvación. De esta manera, ya está preparado todo en el altar: el pan y el vino, y nuestros corazones, que deben ser transformados por el Espíritu Santo.

En las misas cantadas y solemnes, el ofertorio continúa con la incensación de la oblación, el altar y la cruz. Entonces, el sacerdote, mientras reza el salmo 25, se lava las manos por si queda cualquier mancha de la preparación de las ofrendas y porque simboliza que nuestras obras deben estar muy puras para poder acercarnos al sacrificio.

Reza las últimas oraciones y, al final, besa el altar y, vuelto al pueblo, pronuncia el *Orate fratres*, con el deseo de despertar el fervor y el recogimiento. Asimismo, esta es su «despedida» del pueblo, porque se oculta en el secreto de la faz de Dios, como si dijera: «voy hasta Dios, entro en el silencio sagrado; por eso, orad también vosotros».

Solo se vuelve a escuchar al sacerdote después de la consagración. Como si el fuego del amor divino rompiera en su corazón y exaltara en éxtasis: «Per omnia saecula saeculorum». A lo que se responde con ardor, «como un trueno»: «Amen».

3. VIRTUDES HUMANAS

Es en la esencia del alma donde recibimos la gracia santificante junto con las virtudes. Por eso, es fundamental conocerlas, ya que en su ejercicio consiste nuestra santidad.

1. **VIRTUDES NATURALES** o adquiridas a través de la repetición de actos, hasta que se logra el hábito, es decir, la inclinación al acto bueno. Estas virtudes embellecen el alma humana, se pueden practicar de manera heroica y están en el plano natural.

2. **VIRTUDES SOBRENATURALES.** Nos ayudan a obrar sobrenaturalmente, con la fuerza del Espíritu Santo. Son virtudes infusas por Dios para vivir esa vida sobrenatural. Hay más de 150 y, a su vez, se clasifican en dos grupos:

a) **TEOLOGALES:** fe, esperanza y caridad. Su objeto es Dios mismo, tienen un motivo sobrenatural y crecen en intensidad.

b) **MORALES:** son las virtudes cardinales (fortaleza, templanza, justicia, prudencia) y las potenciales, que derivan de ellas, como, por ejemplo, la religión.

Estas virtudes forman el edificio espiritual que posibilita la inhabitación trinitaria en nuestra alma:



A lo largo del fin de semana y divididos en cuatro grupos, competimos por el diploma de primer puesto: hicimos una gymkana, compusimos un poema, corrimos con los pies atados, incluso *bailamos la conga hacia Covadonga*. Y, además de los juegos, cada uno pudo elegir un taller:

1. Canto gregoriano

Los componentes del coro de NSC-E aprovecharon para trabajar parte del repertorio que se cantará en la peregrinación y que se cantó ya en las misas del encuentro.

2. Acolitado Misa rezada

Este taller trató sobre cómo se acolita en una misa rezada con un único acólito. Desde las oracio-

nes al pie del altar hasta la comunión y el último evangelio.

3. Cómo manejar un Misal

Fue una explicación de las diferentes partes de la misa, distinguiendo entre el Ordinario y el Propio, para poder seguirla más fácilmente. Así, pudieron recorrer las diferentes secciones del misal y aprender a buscar los propios: el propio del tiempo, propio de los santos, común de los santos, misas votivas y ordinario de la misa. Después, hubo algún ejercicio práctico para buscar y colocar las cintas para algunos días concretos del año. También tuvieron tiempo de describir las diferencias entre la misa rezada y la misa cantada.

4. Masculinidad

Este taller y el de feminidad tuvieron una estructura similar. Ambos empezaron con una introducción o justificación sobre el interés de hablar de este tema. Después, chicos y chicas respondieron varias preguntas, como estas:

1. ¿Cómo se trata este tema en la sociedad actual?
2. ¿Cómo se puede recuperar la verdadera masculinidad/feminidad?
3. ¿Qué dos cosas valoras más en un hombre/ en una mujer?
4. Pon un ejemplo o referente de hombre/mujer para ti.

A partir de aquí, se fueron compartiendo las respuestas e ideas, así como otros temas cercanos. En concreto, los hombres se centraron más en tratar la pureza (cuidar la vista, pensamientos, etc.), el dominio de sí, los rasgos de la virilidad y cómo educar el carácter.

5. Feminidad

En el coloquio femenino, se habló más en concreto sobre la naturaleza de la mujer; la maternidad biológica y espiritual; la modestia, la pureza y cómo se reflejan en la manera de vestir y de comportarse; y también sobre la amistad entre el hombre y la mujer.

Aunque estos temas dan para mucho y aún seguimos debatiendo, el encuentro fue, en definitiva, toda una oportunidad para reforzar nuestro sentimiento católico, para pensar juntos, para compartir problemas, luchas y proyectos, y, en especial, para rezar unos por otros y hacer Cristiandad.

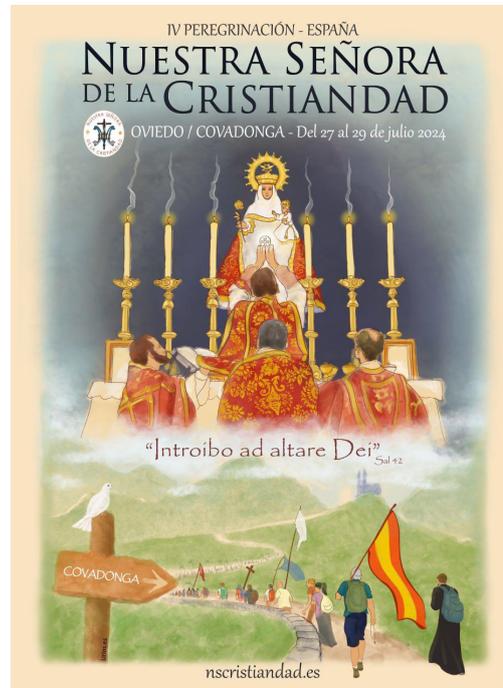
Notas de actualidad

IV Peregrinación a Covadonga

Hoy, 15 de mayo, comienza el periodo de inscripción para la IV Peregrinación a Covadonga, que se extenderá hasta el próximo 30 de junio.

Recordamos a los peregrinos que la inscripción debe hacerse tanto a través de la web, pinchando [aquí](#), como contactando al capítulo correspondiente.

Si no se ha alcanzado el límite de plazas, del 1 al 15 de julio será posible inscribirse con un recargo del 50% sobre el precio inicial.



Encuentro del coro

Los integrantes del coro de Nuestra Señora de la Cristiandad participarán en un encuentro los próximos días 5 a 7 de julio, con la finalidad de preparar el repertorio de las misas solemnes de la peregrinación. Aquellas personas interesadas en formar parte del coro por primera vez, deben escribir al email schola@nscristiandad.es



Laus Deo, Virginique Matri